

La carretera (The Road, 2009) de John Hillcoat.

Caminante sin camino.

Javier Pérez Martín

Universidad de Sevilla

javierpmar@gmail.com

Las historias postapocalípticas que tan de moda están ahora mismo son, como todas las modas, la representación de un pensamiento generalizado, que une a creadores y a público. El miedo global (como no podía ser de otra manera hoy en día) a que el mundo se acabe, o mejor dicho, a que acabemos con el mundo, o, para los más obtusos, a que otros acaben con el mundo (seguramente Irán con sus misiles, o los talibán en su guerra contra la vida moderna y avanzada y, objetivamente, mejor) se refleja en la ciencia ficción cinematográfica, televisiva y literaria con las historias que más venden (o atraen, las que más venden son las de muñecos azules ecologistas y vampiros adolescentes rebosantes de testosterona).

The Road es el último caso. La película de John Hillcoat viene precedida de la novela que le dio a Cormac McCarthy el Pulitzer de 2007. El guión, adaptación bastante fiel de Joe Penhall, plasma el miedo general post-11S que no es otra cosa que un miedo al "otro". No ya al desconocido, sino a todo ente que no forme parte del yo, bien sea esta identidad un individuo o un grupo. Un miedo patológico, desconfianza natural que surge de las entrañas como respuesta a una amenaza fantasma, y con pretensión de defender y preservar lo nuestro.

Los protagonistas de la historia son un padre y un hijo, muy bien interpretados por Viggo Mortensen y Kodi Smit-McPhee, que lo único que tienen es el uno al otro. Han sobrevivido a un apocalipsis cuyas razones desconocemos, y conviven con los restos de una humanidad deshumanizada y caníbal (literalmente).

En su búsqueda de comida y refugio seguro, el padre decide ir al sur y a la costa, como podrían haberse dirigido al norte o a cualquier parte. La esperanza es nula, y el héroe protagonista

(héroe en su papel de defensor de lo único puro e inocente que queda en el mundo: su hijo) lo tiene tan presente que se prepara en cada paso a acabar con sus vidas en el momento en que cualquier amenaza mucho menos amable se cierna sobre ellos.

No son pocas las imágenes que nos muestran la opción del suicidio, y el derecho y propiedad del ser humano sobre la elección última a vivir (o no) que se plantea constantemente el personaje de Mortensen para sí y para su hijo, sobre todo ese revólver omnipresente. Pero no ocurrirá, pues la idea de la película es más bien otra: la supervivencia a toda costa. Pase lo que pase. El personaje de una guapísima Charlize Theron se plantea esta pregunta: ¿es esta (suerte de) vida la que quiero para mi hijo? ¿Merece la pena seguir en una situación indigna e insostenible sólo por seguir existiendo?

Igual de interesante es la pregunta del hijo: ¿Seremos siempre los buenos? ¿Quién nos dice que somos los buenos, y que todos los demás son malvados y nos persiguen para comernos, violarnos, matarnos? La humanidad está condenada a estar dispersa, y, aislados, si nos cruzamos, nos veremos obligados a defendernos antes de que nos ataquen (o viceversa), por si acaso. Si confías, puedes morir.

Todo el excelente trabajo visual de Javier Aguirresarobe para crear el mundo postapocalíptico más crudo que he visto en mi vida y la genial música de Nick Cave y Warren Ellis confluyen en la playa más gris de la historia. En esta, la conclusión se presenta mucho más cerrada de lo necesario. Pero también deja sitio a la esperanza. Y un mensaje claro: las buenas personas siguen existiendo, y, si se ayudan las unas a las otras, si confían en los demás, quizá sobrevivan a los caníbales del mundo que nos ha tocado vivir. Aunque nada de esto tenga sentido, nos podemos tener los unos a los otros, si dejamos de temernos.